

# EL CASO DIOS



José de Jesús Martínez



SPA  
862  
M385c  
e.3





JOSE DE JESUS MARTINEZ

# EL CASO DIOS

*Ediciones "Tareas"*

Panamá 1975



**A**  
**Carlos García de Paredes,**  
**Testigo de Cargo.**

**La Portada es de Marcos.**



## PRIMER ACTO

En escena, esquemáticamente, la sala de un Tribunal de Justicia. Al fondo, sobre un estrado alto, la mesa del Juez. A la derecha, una pantalla para proyectar diapositivas. A la izquierda, en primer término, una mesa con silla. Cerca, una pizarra en la que aparece escrito: EL CASO DIOS. Más a la derecha, al centro, un banquillo. Las entradas y salidas serán por el fondo izquierdo. No hay telón.

(Sale el Actor y se dirige al público. Las luces de la sala están iluminadas)

ACTOR: Señoras y señores, muy buenas noches.

(Hace referencia a algún detalle de la sesión de esa noche. Al calor, si lo está haciendo, al teatro en el que se trabaja, a alguna noticia notable de los diarios de ese día, etc...)

ACTOR: Pero de lo que realmente quería hablarles es de la obra que van a ver ustedes esta noche.

El primero de noviembre de 1705 hay un terremoto en Lisboa en el que mueren 60,000 personas.

Y el primer esfuerzo que ustedes deben hacer esta noche es impresionarse con ese número. Digo que es un esfuerzo porque nosotros estamos ya habituados a cifras mayores. En Indonesia, hace apenas unos años, se liquida en 30 días al Partido Comunista. 780,000 muertos. En 30 días. Estoy seguro de que muchos de ustedes, que sin duda vieron la noticia perdida en la página interior de un diario, ni siquiera la recuerda. Los nazis asesinaron a 6,000,000 de judíos. Se dice fácil, pero se tomaría más de un año, hablando día y noche, solamente el decir sus nombres. ¿Para qué seguir? La primera guerra mundial..., la segunda guerra mundial... Ambas carnicerías multimillonarias. La que hasta hace bien poco se llevó a cabo en Viet Nam, con una eficacia y una crueldad inaudita... Ya estamos acostumbrados. Tenemos anestesiada la sensibilidad, tenemos callos en el corazón. Nadie se va a impresionar con unos meros 60,000 muertos.

Lo importante...

(Recuerda y se interrumpe)

ACTOR: Si hace bien poco todavía, en el terremoto de Managua, murieron...

(Sonriéndose para confirmar lo que había dicho de la sensibilidad anestesiada)

ACTOR: ¡ Ya no recuerdo!

Pero lo importante del terremoto de Lisboa es que dio mucho que pensar. Actualizó una pregunta que venía de muy atrás, pero que en el siglo XVIII de pronto, en ocasión del terremoto de Lisboa, se hizo

apremiante: ¿Cómo, si Dios existe y Dios es bueno, pueden suceder cosas así? ¿Por qué permite Dios el mal? ¿Cómo hacer compatible la existencia de un Dios Todopoderoso y bueno, con el mal que hay en el mundo? Y no me refiero a la enfermedad y muerte de los viejos. En la vida de todo hombre de 30 años seguramente se ha acumulado ya la suficiente maldad para que esté sobradamente justificado que muera. Pero, ¿y un niño de 8 años, que muere de cáncer, dando gritos de dolor? ¿Cómo se puede justificar la muerte de ese niño? ¿Cómo, Dios?

“Justificar”, significa “hacer justo”. A Dios se le ha querido mucho en el mundo. No sé cómo ni dónde, pero ha sabido ganarse el cariño, el amor de casi todo el mundo. A veces hasta la pasión. Por eso ha habido, y sigue habiendo, personas inteligentes que pretenden justificarlo. Incluso tiene un nombre, acuñado en el siglo XVIII justamente, esta defensa de Dios: Teodicea.

**(Borra de la pizarra lo que estaba escrito y escribe la palabra)**

ACTOR: Que significa, literalmente, “justificación de Dios”. Pero si hay abogados de Dios es sólo porque hay también una acusación. Por eso el banquillo.

**(Lo señala y acomoda un poco)**

ACTOR: Ya se pueden imaginar ustedes a quién se le va a sentar aquí. Ese es el tema de la obra.

Otro detalle que quería decirles es que como yo voy a representar todos los papeles, y van a ser muchos,

y todos ellos muy importantes, a ustedes no les va a quedar más remedio que hacer también un esfuerzo con la imaginación. Pero para ayudarla un poco, vamos a convenir desde ahora en que cuando me ponga anteojos, así...

**(Se pone unos anteojos de carey grueso)**

ACTOR: ..., estoy en el papel de Fiscal. En esta obra hay un fiscal. Y cuando me los quite...

**(Se los quita)**

ACTOR: ..., adoptaré los otros papeles. Recuerden, pues, con anteojos...

**(Se los pone)**

ACTOR:..., soy el Fiscal, el acusador en este juicio. Sin anteojos...

**(Se los quita)**

ACTOR: ..., alguno de los otros personajes. Es un pequeño truco que el autor ha sacado de una obra que ha visto recientemente.

Mientras me cambio de ropa y me maquillo, un poco de música.

**(Silencio. Ve entre bambalinas y habla en esa dirección)**

ACTOR: Mientras me cambio de ropa y me maquillo, un poco de música.

**(Al público)**

ACTOR: Ese es el pie.

(Silencio. Nada)

ACTOR: ¡ Mientras me cambio de ro...!

(Música. Una canción de los Beatles)

ACTOR: Voilá. Los Beatles. Apropiado. Es sólo un instante.

(Mutis. Después de un rato vuelve a entrar. Trae quepis, bigote de conserje y una escoba. Va directamente a algún sitio, acciona un interruptor y la música se apaga. Barre un poco. Cuando se pone de espaldas vemos un letrero que lleva ahí y que dice: CONSERJE. Vuelve a salir. La música recomienza en el punto interrumpido. El Conserje entra cargando sillas y disfraces. Lo pone todo en el suelo. Acciona el interruptor para apagar la música. Acomoda las sillas. Vuelve a salir. La música recomienza. Vuelve a entrar trayendo más sillas. Acciona el interruptor. Acomoda las sillas. Sale. Esta vez no hay música. Regresa, cargado de disfraces y con un vaso de agua. Lo pone todo sobre la mesa y va maquinalmente a accionar el interruptor. La música recomienza. Lo vuelve a accionar. La música se interrumpe. Acomoda un disfraz en cada silla. En el respaldar de la silla junto a la mesa que está en primer término, un saco negro. Sobre la mesa, los anteojos del Fiscal. Coloca el vaso de agua en la mesa del Juez. Luego va y, en la entrada, anuncia al público).

CONSERJE: Su Excelencia, Magistrado de la Corte Suprema de Justicia. El público se pondrá de pie.

(Silencio)

CONSERJE: El público se pondrá de pie.

(Silencio. Gesto de “no me importa” ante la indiferencia del público. Mutis. Vuelve a entrar inmediatamente con toga y birrete de magistrado. Despacio, digno, sube a su estrado y se sienta ante su mesa. Da tres golpes con el clásico martillo de madera y declara)

JUEZ: La sesión queda abierta. El Estado contra Dios. Que pase el acusado.

(Marcha de los Vencedores, de Verdi. Spot sobre la entrada. Silencio)

JUEZ: Que el acusado pase.

(Tambores. Silencio)

JUEZ: Que pase el acusado.

(La Macarena. Se anuncia al toro. Silencio. Se lo vuelve a anunciar. Silencio)

JUEZ: En ese caso, señoras y señores, miembros del jurado y público en general, procederemos según lo que se llama un juicio en ausencia. Parágrafo tal del capítulo tal de la tal ley de mil novecientos tantos. Dura lex, sed lex. El señor Fiscal tiene la palabra para exponer...

(Amenazándolo con un lápiz)

JUEZ: ..., con precisión y concisión, los cargos que se le imputan al reo aquí presente en ausencia. Puede proceder.

(Se levanta. Se quita la toga y el birrete y los acomoda en la silla quedando como una representación simbólica suya. Baja del estrado, va hacia la mesa. Se pone el saco negro que estaba en el respaldar de la silla y se coloca los anteojos)

FISCAL: Su Excelencia...

(Al público)

FISCAL: Señores miembros del jurado...

(A las sillas)

FISCAL: Ilustres oponentes... Señoras y señores:  
Epicuro, filósofo griego del siglo IV antes de nuestra era, formula un argumento que, en mi criterio, resume bastante bien el meollo del asunto que tratamos.

(Se coloca junto a la pizarra)

FISCAL: Dice así: Dios puede evitar el mal pero no quiere evitarlo...

(Borra lo que estaba en la pizarra y escribe: P y no-Q)

FISCAL: O quiere evitarlo pero no puede...

(Escribe: Q y no-P)

FISCAL: O ni quiere evitarlo ni tampoco puede...

(Escribe: No-Q y no-P)

FISCAL: O, por último, quiere y puede evitarlo...

(Escribe: Q y P)

FISCAL: Estas son las cuatro posibilidades que hay. No hay más. Ahora bien, veamos qué implica, necesariamente, cada una de estas posibilidades.

(Señalando la primera)

FISCAL: Si Dios puede evitar el mal y no quiere evitarlo, entonces Dios es malo. Porque pudiendo evitarlo, pudiendo impedir su existencia, su voluntad es, sin embargo, de que le haya, de que exista el mal, los terremotos, la muerte de inocentes, las enfermedades de los niños... Creo, señores del jurado, que ni siquiera merece la pena discutirse la responsabilidad moral y criminal de Dios en esta primera posibilidad.

Veamos la segunda: Dios quiere evitar el mal pero no puede evitarlo. Esto implica que Dios es impotente. Quiere algo y sin embargo no puede. La acusación está perfectamente dispuesta a cambiar la sanción que se merece un malvado por la que amerita un impotente. Es más, creo que, dada la naturaleza del acusado, la pena es la misma.

O bien, en tercer lugar, Dios no quiere evitar el mal, pero tampoco podría hacerlo. Es decir, encima de malvado, es impotente.

Sólo queda, pues, la cuarta posibilidad: Dios puede evitar el mal y quiere evitarlo. Pero entonces, yo pregunto: ¿Cómo es que hay mal en el mundo? Si Dios

quiere evitarlo, y está en capacidad de evitarlo, entonces no existe el mal. Pero. . .

**(Dedo)**

FISCAL: ..., un solo niño muerto de cáncer a los 8 años, un solo ser humano nacido monstruoso... Diapositiva, por favor.

**(Oscuro. Diapositiva: Monstruo)**

FISCAL: Otra.

**(Monstruo)**

FISCAL: Otra.

**(Monstruo)**

FISCAL: Gracias.

**(Luces)**

FISCAL: Un solo caso de injusticia o de calamidad o de miseria evitable, anula esta posibilidad.

**(La borra)**

FISCAL: En resumen, la conclusión es clara: Dios es malo, o es impotente, o es malo y además impotente. Este es el meollo del asunto y el resumen de la acusación.

**(Silencio. Se quita los anteojos y el saco)**

ACTOR: Me he dejado llevar por la emoción. Perdonen. Estoy seguro de que los divertiré con mi próximo personaje.

(Va a una de las sillas de donde coge y se pone un disfraz de Leibniz: Peluca blanca, larga y rizada, mucho encaje. etc...)

LEIBNIZ: Lo que primero quiero dejar en claro, como abogado de Dios, es...

(Lo interrumpe un timbre. Se dirige al Juez)

LEIBNIZ: ¿Cómo?

(Timbre)

LEIBNIZ: Bien. Bien.

(Presentándose con una reverencia muy siglo XVIII)

LEIBNIZ: Señores, G. Leibniz, abo...

(Timbre)

LEIBNIZ: Está bien. Godofredo Leibniz. Filósofo alemán, segunda parte del siglo XVII y principios del XVIII, inventor del cálculo...

(Borra lo que estaba en la pizarra y escribe: G. Leibniz)

LEIBNIZ: Leibniz. La e-i se pronuncia a-i en alemán.

Verdadero inventor del cálculo, porque me he enterado de que ahora se dice que fue Newton. Pero, como iba diciendo, lo que primero quiero declarar es que aquí se está cometiendo una grosera injusticia . El Actor

expone la tesis del Fiscal en serio. Pero dice que los va a divertir. ¿Con quién? ¡Conmigo! ¡El auténtico inventor del cálculo! ¡De la lógica! ¡De la teodicea! Fui yo quien hizo esa palabra.

(Escribe en la pizarra: Θεου δικη)

LEIBNIZ: De “theu”, genitivo de Dios, y “diké”, justicia. Theu-diké, teodicea, justicia de Dios.

Tenemos, pues, al Actor en contra. Ah, pero no solamente a él. ¿Qué me dicen del autor? Todo el mundo sabe que es comunista. Y yo me temo que también ustedes estén prejuiciados. Han venido con ánimo de reirse. Señor Juez...

(Se vuelve de espaldas. Lleva un letrero en las nalgas que dice: LEIBNIZ. Hay que suponer que el público ríe. Se vuelve al público).

LEIBNIZ: ¿Ven? ¿Y ustedes, con ese espíritu festivo y superficial, quieren juzgar a Dios?

(Se vuelve al Juez)

LEIBNIZ: Señor Juez, propondría que se declare parcializado, y en consecuencia ilegal, este proceso irrespetuoso e irreverente. Pero...

(Elocuente)

LEIBNIZ: ..., mis razones son tan buenas y sólidas, que tengo la absoluta certeza de que los convenceré...

(Se vuelve)

LEIBNIZ: ..., a todos, aun a esos que se ríen pero en quienes voy a sembrar una vocecita en su fondo que estará diciéndoles constantemente:

(En voz baja)

LEIBNIZ: “Leibniz tiene razón”. Incluso convenceré al autor, aunque se ría también él, o diga que él ha escrito lo que digo. ¡Falso! Ahí están mis libros. Mi **Tratado Metafísico**, y sobre todo, mi **Teodicea**. Aunque toda esta obra absurda que ustedes han venido a ver esté amañada contra mí y contra la filosofía cristiana, el peso de mis razones aplastará esa lógica de kindergarten con la que mi oponente los impresionó tanto. No se olviden de que entre las cosas que yo inventé está la lógica simbólica. Porque fui yo, yo y no Boole, otro inglés plagiaro y copión, quien inventó la lógica simbólica. Pero no hay necesidad de razonar demasiado fino para defender a mi cliente. Veamos la evidencia que hay en su contra. ¿Cuál es? ¡Ustedes! Es decir, la vida de ustedes, las enfermedades de ustedes, los accidentes, los desastres, el mal de ustedes. Y viéndoles así, de uno en uno...

(Los ve)

LEIBNIZ: ..., admito que hay, efectivamente, un cuerpo de delito. Ese señor gordo que está ahí, y que sufre del hígado. Ese muchacho, que va a morir mañana estrellado en su motocicleta. El trabajo de esa señora, que no sé cómo ha podido venir al teatro, todo el día en la cocina, o con los hijos, y a quien se la va a recompensar con una vejez dramática y sola... El mal existe, efectivamente. En el mundo hay mal. La defensa

lo admite. Pero a la vez los invita a ustedes a pensar en lo siguiente: ¿Puede haber un mundo sin mal? ¿Podrían ser ustedes, vivir, enamorarse, sin que haya una cierta dosis de mal? Por ejemplo, la muerte, que pasa por ser, y justificadamente, el peor de todos los males. ¿Ustedes saben lo que le deben a la muerte? Independientemente del aprecio a la vida..., ¿ustedes saben lo que no podrían tener si fuesen inmortales? Dios pudo habernos creado inmortales. ¿No hizo así acaso a los paramecios, a las amebas? Porque estos animales no mueren nunca. Cuando envejecen se parten por la mitad y quedan automáticamente rejuvenecidos. Se les puede matar, claro, pero ellos, de suyo, no mueren, son inmortales.

Si el hombre hubiese sido creado de la misma forma, con células eternamente jóvenes, que se partieran por la mitad en el momento de envejecer, no tendríamos, por ejemplo, memoria. Ni en consecuencia lenguaje, ni en consecuencia cultura, ni en consecuencia nada realmente humano, espiritual... Todo esto se lo debemos a la muerte. La cultura, el hombre mismo, es un don de la muerte. Es un mal, sí. Pero habría podido ser peor. Piensen en eso.

Y también quiero que piensen en lo siguiente: El bien existe. La salud existe, el amor, el paseo dominical, la lluvia en los sembradíos... Y, pregunto, ¿podría haber bien sin que haya mal? ¿Sabríamos lo bueno que es estar sano, sin la experiencia de la enfermedad? En consecuencia, el mal es necesario para el bien, como lo es el color negro para el blanco, lo bajo para lo alto, lo caliente para lo frío...

Este es un mundo malo, este no es un mundo bueno, pero es el mejor de los mundos posibles. El mal

es lo que condimenta al mundo, las gotas amargas cuya función es la de hacer resaltar lo dulce, como la sal que se le pone a los helados. El mal es la sal del mundo.

Voy a ilustrarles esto. Por favor, diapositiva.

**(Oscuro. En pantalla, un padre jugando con su hijo)**

LEIBNIZ: Aquí vemos a un padre jugando con su hijo. Ahora, atención, miren lo que va a hacer.

**(Otra diapositiva: El padre tiene al hijo en sus brazos. Otra: El padre se dispone, jugando, a lanzar al aire a su hijo. Otra: El padre lanza al aire a su hijo. El rostro del niño está angustiado. Otra: El niño cae en brazos de su padre. Otra: El niño tiene el rostro feliz)**

LEIBNIZ: Luces.

**(Luces)**

LEIBNIZ: El padre le ha hecho pasar un susto al niño, pero con el propósito de que después sienta y goce la seguridad de sus brazos. Fijémonos bien en el rostro del niño.

**(Hace una señal sonando los dedos. Oscuro. Diapositiva: La del padre que ha lanzado al aire a su hijo)**

LEIBNIZ: No. Más cerca.

**(Diapositiva: Close-up del niño)**

LEIBNIZ: Más.

(Diapositiva: Close-up mayor del niño. El niño tiene el rostro completamente desfigurado por el terror. Es una de las fotos de monstruos que el Fiscal pidió se proyectara)

LEIBNIZ: Ahora veamos una de cuando el niño está nuevamente en los brazos seguros y fuertes de su padre.

(Diapositiva: Close-up del niño en los brazos de su padre. Rostro de alegría y seguridad sin límites)

LEIBNIZ: Creo que habéis entendido mi punto.

(Se quita el letrero de la espalda y camina despacio a su silla, se quita el disfraz. El Actor regresa a la mesa, se pone los anteojos y el saco del Fiscal)

FISCAL: Decía Voltaire, refiriéndose a los argumentos de Leibniz, que si éste era el mejor de los mundos posibles, ¿cómo habrán sido los otros? Pero es cierto, Leibniz ha comunicado su punto, sus razones. Y hay que reconocerlo, son buenas, pero, y esto también hay que reconocerlo, son sólo eso: razones. ¿Se atrevería alguno de ustedes a darle esas razones, por ejemplo, a una madre que acaba de perder a su hijo? “Señora, Dios está condimentando al mundo. La sangre de su hijo es la salsa con la que le da sabor de bueno al mundo. Su hijo ha muerto para que usted pueda saborear mejor el bien. Su tristeza, señora, es necesaria para que pueda reconocer la felicidad, no sea que la confunda con otra cosa...” ¿Tendría alguien el corazón de alegar esas “razones” allí donde el caso que se ventila no es una teoría filosófica, bella como un encaje de ideas, sino un hecho real, feo, de carne y huesos destrozados?

El mundo es real. El terremoto de Lisboa, que ha motivado todo este asunto, fue algo real. Un niño con hambre es algo real, bien real, y el pan que queremos darle es un pan real, sólido, que se pueda morder, salivar y tragar. No queremos razones. Esas sobran. Queremos plantear el problema, no en un alto nivel de ideas sino a un nivel a ras de tierra. Porque es allí donde se comete el mal. Y lo queremos plantear en términos de centavos, de proteínas...

**(Timbre. Vuelve a ver al Juez. Se vuelve al público, sonríe con un gesto de “¿qué le vamos a hacer?” y se sienta. Se quita los anteojos y el saco. Se levanta)**

**ACTOR:** Leibniz protestó. No creo que merezca la pena decirles lo que alega. Más importante me parece oír a otro personaje que aunque es anterior a Leibniz cronológicamente, se planteó, y resolvió a su manera, la justificación de Dios. Me refiero a Martín Lutero...

**(Borra la pizarra y escribe el nombre)**

**ACTOR:** ..., guía de la revolución religiosa que culminó en el cisma donde el cristianismo se dividió en protestantes y católicos. Lutero presentó en el siglo XVI una defensa de Dios bien curiosa que contrasta con la de Leibniz. Por lo menos Lutero no da razones. Sólo que les advierte que es un personaje difícil. Lutero fue un hombre apasionado, violento. Sospecho que también les va a divertir, y lo siento de verdad. Uno de los pilares del mundo moderno que ustedes habitan y en el que están en este instante sentados, es Martín Lutero. Pero no importa. Yo no creo que él sea tan susceptible como Leibniz.

(Va a la silla de Lutero y se disfraza de él. Habla muy apasionadamente)

LUTERO: Dios generoso, Dios amantísimo, Dios irascible, Dios asesino, Dios contradictorio y voluntarioso, Dios vivo, Dios de Abrahán, de Isaac y de Israel, Jehová de los ejércitos, Dios terrible y manso, vengador y cariñoso, escondido y manifiesto, universal y personal. Remoto y sin embargo íntimo. Vengador y sin embargo justo. Bueno y sin embargo malo; impredecible, misterioso, secretísimo... ¿Quién descifrará sus designios? ¿Qué inteligencia humana puede pretender alcanzar sus alturas y su profundidad? ¿O es que creéis que el mundo fue creado con un esquema racional, humano, y que se lo puede entender como se entiende un teorema de geometría o los planos de un arquitecto? No hubo nunca razón para que Dios creara el mundo. A Dios le dio la gana de crearlo, y punto. No lo diseñó, ni lo calculó, ni lo pensó; lo hizo como le dio la gana, como le salió de sus divinos cojones, y punto. El mundo nació de un acto de amor, como nosotros, y no de una meditación lógica. ¿Se puede juzgar a un amante? Un amante no tiene como criterio esto...

(La frente)

LUTERO: ..., sino esto...

(El corazón)

LUTERO: ..., y esto...

(El vientre)

LUTERO: ¿Se puede juzgar a un ser que está más allá de toda ley, y en consecuencia de toda norma lógica? Un

ser, señores, que, para nosotros, ¡está loco! , ¡loco! ,  
¡loco de remate! Salva a quien le da la gana. Condena a  
quien le da la gana. No tienes forma de ganarte sus  
favores. Nada de lo que hagas lo va a convencer, porque  
no razona. Porque solamente ama. Ama y ¡odia!

Claro que hay mal en el mundo. Y lo seguirá  
habiendo. Terremotos, cataclismos, guerras, hambres,  
peste... El mundo es la casa donde vive y se campea la  
ira de Dios. ¿Por qué? Porque sí, y punto. Y El se ríe,  
se ríe como un loco de los que quieren justificar  
racionalmente un acto irracional. Y esta risa de loco que  
suena en las alturas pone en evidencia lo fútil, lo  
conmovedoramente inútil que son esas escaleritas  
racionales que pretenden alcanzarlo.

Sólo a través del amor, del amor ciego y violento,  
podréis sentirlo en vuestras entrañas y en vuestros  
corazones, que entenderlo no podréis jamás. Y el  
corazón, señoras y señores, no juzga, no enjuicia, eso es  
cosa del entendimiento. El corazón ama solamente.  
Ama, y ¡odia!

**(Se retira a su silla en donde deja su disfraz. El Actor  
va a la mesa, se pone el saco y los anteojos del Fiscal.  
Se vuelve a quitar saco y anteojos)**

ACTOR: ¡Qué discurso! Me ha dejado agotado. Con  
permiso.

**(Sube al estrado. Se pone la toga y el birrete de Juez.  
Bebe agua. Se quita el disfraz de Juez)**

ACTOR: Era para beber agua solamente. Otro papel de esos  
y la obra termina antes de que llegemos al veredicto.

**(Se pone los anteojos. Cansado aún)**

FISCAL: Antes de pedirle a la corte un receso, por todos merecido, quiero llamar a testificar a dos personas. Una de ellas muy ilustre, el famoso filósofo inglés George Berkeley. Porque a pesar de que Berkeley va a defender a Dios..., después de todo Berkeley fue obispo, a la acusación le conviene que ustedes vean los extremos a que se ha llegado por defender una causa perdida. El otro, que llamaré después, es un ser humano cualquiera, humilde y pobre, un mendigo. Quiero que también oigan su testimonio. El estaba allí cuando se cometió el delito. Esta, vive allí todavía. Pediré también en ese momento que se proyecten algunas fotos. Porque me temo que todo este juicio se ha situado, como decía antes, a un nivel muy alto y sofisticado, y el hecho es que, lo que tratamos, es un delito burdo, material y concreto, cuya justa perspectiva es la de la vida cotidiana y la de los acontecimientos siempre actuales. Pero antes...

(Al Juez)

FISCAL:..., con su venia, George Berkeley.

(A la silla de Berkeley)

FISCAL: ¿Tendría usted la amabilidad de ilustrarnos con su docto punto de vista, sin entrar en demasiados detalles sin embargo, el juicio que nos ocupa?

(Se quita los anteojos y va a la pizarra)

ACTOR: Berkeley se escribe así...

(Borra lo que estaba en la pizarra y escribe: George Berkeley)

ACTOR: Una cosa que el Fiscal no dejó claro es que Berkeley es obispo, pero no católico, obispo anglicano. No se confundan.

(Se disfraza de Berkeley)

BERKELEY: ¡ Encantado de ilustrar tanta confusión!

Considero que lo que primero hay que investigar es el cuerpo del delito. Es decir, el mundo. En segundo lugar debemos hacer una apreciación moral de esa evidencia única. Y sólo en tercer lugar es que podremos preguntarnos hasta qué punto Dios es responsable de ella y le corresponde, en consecuencia, culpa u honra.

Decía el Fiscal que iba a llamar a un mendigo para que él diera el testimonio del hombre de la calle. Después de oír mis argumentaciones, que han aparecido ya publicadas en mis libros **Tratado del Conocimiento Humano**, y también, a un nivel más bajo, de divulgación, **Tres Diálogos entre Hilas y Filonús...**, creo que no tendrá necesidad de llamar a nadie más. Justamente, mis ideas son, estoy seguro, las más congruentes con el pensamiento del hombre de la calle.

(Timbre. Silencio)

BERKELEY: Señor Juez, ¿cómo puede decir eso el Fiscal, si aún no las expongo?

Veamos, ¿qué es el mundo? El mundo es la mesa, las sillas, este local, el calor que hace, ustedes, la hierba, las nubes, los terremotos, las calles, las casas, etcétera... Hasta este punto, no me he separado de la opinión del

hombre de la calle. Pero, ¿qué es la hierba? ¿Qué es esa mesa, esa silla...? Aspiro el olor de la hierba, especialmente por las mañanas, cuando aún está húmeda del relente de la noche, y despidе ese aroma tan característico... Veo la mesa, la toco, la siento, la percibo... En suma, mi experiencia con las cosas no es más que un conjunto de sensaciones: Sensación de duro, de suave, de amarillo, de dulce... El mundo, pues, es un conjunto de cosas que me impresionan los sentidos. Bien. Ahora viene un punto delicado. Ruego que se me siga muy de cerca en mi raciocinio.

Dios, creador del mundo, es inteligente. Rechazo de plano la tesis de Lutero según la cual Dios hizo el mundo al buen tun-tún. En consecuencia, Dios tiene que haber hecho al mundo de la manera más inteligente y económica. ¿Y cuál es la manera más inteligente y económica...?

(Timbre)

BERKELEY: ¡Ruego que no se me interrumpa en este punto! ¿Cuál es la manera más inteligente y económica de crear el mundo? Por ejemplo, esa mesa. Yo tengo la sensación de verla, de tocarla... Y estas dos sensaciones, ¿quién me las produce? La mesa, se dirá. Pero más inteligente, y sobre todo más económico, es que me las produzca Dios. ¿Para qué mesa produciéndome las sensaciones de ver y tocar mesa, si me las puede producir directamente Dios? No hace falta mesa. Sobra. Ni ninguna otra cosa. ¿Para qué? Dios me produce la sensación de oler hierba, de sentir el aire, de ver los árboles..., sin que haya necesidad de que existan estas cosas. Señores, ¿para qué va a haber creado Dios el

mundo, si puede lograr el mismo efecto de una forma más inteligente y barata, sin necesidad del mundo material? ¿Para qué?, si nos puede comunicar la sensación de que lo hay sin que lo haya. Habría sido un despilfarro crear el mundo. Y Dios es un ser económico. No dijo, pues, “hágase la luz”, sino que dijo: “percíbase la luz”. No dijo: “háganse las aguas”, sino que: “percíbanse las aguas”.

**(Timbres. Silencio)**

BERKELEY: Observación imbécil. No había hombres todavía, es verdad, pero había ángeles. Me los imagino, sentados en círculo alrededor del cielo, viendo el gran espectáculo de la creación.

El mundo, señores, no existe. Es sólo una sensación que Dios nos comunica. Es un acto de magia, una ilusión, una pura apariencia...

**(Timbre)**

BERKELEY: ¡Sí! Eso es lo que el hombre de la calle piensa. Eso es lo que se deduce, necesariamente, de la fe en un Dios inteligente. Oigan viento...

**(Efectos visuales y sonoros de viento)**

BERKELEY: ¡Lluvia...!

**(Efecto de lluvia)**

BERKELEY: ¡Truenos..!

**(Efectos visuales y sonoros de truenos)**

BERKELEY: Y ahora, calma...

(Cesan todos los efectos. Silencio)

BERKELEY: ¡ Campanas...!

(Efecto de campanas. De ahora en adelante habla más rápido cada vez, y los efectos, en lugar de desplazarse los unos a los otros, se amontonan y confunden)

BERKELEY: ¡ Trenes...!

(Efecto)

BERKELEY: ¡ Ambulancia...!

(Efectos visuales —luz roja intermitente— y sonoros)

BERKELEY: ¡ Explosiones...!

(Efectos visuales y sonoros)

BERKELEY: ¡ Ametralladoras...!

(Efecto)

BERKELEY: ¡ Gritos...!

(Efecto)

BERKELEY: ¡ Nada!

(Cesan todos los efectos abruptamente)

BERKELEY: ¡ Nada!

(Oscuro)

BERKELEY: ¡ Luz!

(Luces)

BERKELEY: Eso es el mundo: Magia..., efectos... ¿El terremoto de Lisboa? No sucedió nunca. Lo vimos, lo oímos, lo tocamos, pero no existe. Porque, ¿para qué habría de existir? ¿No es suficiente que Dios omnipotente nos dé la impresión de que existe?

El mal no existe. ¡ Señores, no existe nada! Es decir, nada material. No hay evidencia contra Dios. Claro, alegrarán ustedes, existe la sensación del mal, la sensación de oír a un niño llorando de hambre...

(Efecto de niño llorando)

BERKELEY: No, señores. No sean ingenuos. ¡ Es una grabadora! Pero, ¿por qué nos da Dios estas sensaciones? Algunas de ellas son bien terribles y desagradables. Aquí hay una manzana...

(Saca una de un bolsillo y la muestra)

BERKELEY: Digo, no, no hay ninguna manzana. Sólo hay la sensación de ver una manzana. Yo tengo la sensación de verla, ustedes tienen la sensación de verla. Aquí hay...

(Hace un cómputo visual de las personas que hay en la sala y dice el número)

BERKELEY: ..., por lo menos... manzanas. Bien. La muerdo.

(La muerde)

BERKELEY: Tengo la sensación de morderla, de probarla. La vuelvo a morder.

(La muerde)

BERKELEY: La misma sensación agradable. Pero, ¿qué tal si en lugar de este sabor agradable y conocido Dios me hubiese dado esta vez otro sabor? Por ejemplo, el de cianuro. Yo no sabría a qué atenerme. Yo no sabría qué esperar cada vez que me comiera una manzana. Y Dios no quiere que estemos así, perdidos, sin poder dar un paso. Quiere que seamos libres, que podamos movernos libremente. Y para eso, estableció leyes: Después de tener la sensación de ver una manzana, si tienes la sensación de cogerla, de llevártela a la boca y de morderla, tendrás una sensación agradable. Pero también, por supuesto, después de tener la sensación de odio, de ver un puñal, de cogerlo, levantarlo y de hundírselo a otro, el otro va a morir. Dios permite el mal para que el hombre sea libre. No varía las leyes de la naturaleza para que el hombre tenga algo fijo a qué atenerse. Únicamente porque hay leyes que gobiernan un incendio o un terremoto en donde mueren niños, es que se pueden construir, con esas mismas leyes, escuelas, parques, templos... Culpen a Dios de eso: De que nos ha creado libres, de que las leyes de la naturaleza son fijas y podemos confiar en ellas. Porque ése es su único delito: Amarnos.

Les agradezco por su atención. Muchas gracias.

(Se retira a su silla y deja allí su disfraz. Dirigiéndose a la mesa)

ACTOR: Ese tipo Berkeley es increíble.

(Borra su nombre de la pizarra)

ACTOR: No sé quién ha dicho que es una vergüenza para la cultura moderna el que haya tenido tanta importancia y el que sea tan difícil refutarlo.

(Se pone los anteojos)

FISCAL: Fue Diderot quien dijo que es una vergüenza para la cultura moderna el que no se haya podido refutar a Berkeley. Yo pienso, sin embargo, que se le puede impugnar su absurda teoría con una experiencia bien simple: Cuando se dispone a cruzar una calle, y ve que viene un camión, Berkeley, que piensa que el camión no existe, que es una pura sensación que está teniendo, ¿cruza la calle? Me atrevería apostar a que no. Aunque no exista el camión, él espera que pase. No yo, es la vida misma la que refuta y humilla a toda filosofía idealista como la de Berkeley.

Ahora quiero llamar al mendigo: El sí nos va a dar el testimonio humilde y sincero del hombre de la calle. Considero que es el testigo de cargo principal en esta audiencia. Igualmente, las fotos, por supuesto que auténticas, que pienso proyectar, les darán una idea de lo que en el fondo y en verdad estamos tratando.

(Se quita los anteojos y el saco y se dirige a la silla del Mendigo, una de las traseras)

ACTOR: Las cosas que uno tiene que hacer para ganarse la vida y divertirlos a ustedes. Y lo peor es que ni siquiera lo agradecen. Porque ahora tengo la simpatía de ustedes, ¿pero qué tal si mañana bien temprano me aparezco en su oficina pidiéndoles un trabajo? En este país no se puede vivir del teatro. Ustedes lo saben bien. Pero bueno, mejor seguimos disimulando, porque si no les daño la noche.

(Se disfraza de Mendigo. Se acerca tímido, ridículo. Sonríe. Ve al Juez. Timbres, como instruyéndole sobre algo. El Mendigo asiente. Ve al público. Sonríe. Tose fea, malsanamente)

MENDIGO: Bueno, yo...

(Tose)

MENDIGO: Yo, eh...

(Es inútil, la tos no lo deja hablar)

MENDIGO: Estoy un poco mal.

(Tose)

MENDIGO: Es un resfriado...

(Tose. Se ataca de tos. Se convulsiona grotesca y largamente hasta que el público se ría. Se apagan las luces y se proyectan rápidamente fotos de Viet Nam, de Biafra, de incendios, fusilamientos, torturas, negros, judíos, nazis... Lo más conmovedor que haya. Hasta que se le cuaje al público la risa en la cara y se

haga el silencio. La tos del Mendigo ha ido calmándose. Más fotos. Luces. El Mendigo está arrodillado en el suelo. Se quita su disfraz y lo deja en el suelo. Va a la mesa y se pone los anteojos y el saco del Fiscal. El Fiscal recoge el saco del Mendigo como si fuera una persona a la que hay que sostener y caminando despacio lo conduce a su silla).

FISCAL: Venga, buen hombre.

(Lo acomoda en su silla. Se quita los anteojos. Va a la mesa del Juez. Se pone el birrete y la toga. Golpea con el martillo sobre la mesa y dice)

JUEZ: Receso de diez minutos

(Mutis del Juez)

## SEGUNDO ACTO

(Entra el Juez. Va a su estrado. Se sienta. Da tres golpes. Se levanta. Se quita su disfraz. Se pone los anteojos y el saco del Fiscal. Saca de un cartapacio papeles)

FISCAL: Hemos recibido una gran cantidad de telegramas y de comunicaciones. Por ejemplo, aquí hay uno de la Sociedad de Adoradores Perpetuos del Sagrado Corazón de Jesús. Estos señores temen que, literalmente...

(Lse)

FISCAL: “Espantemos a Dios y se vaya”. En este otro se alega que Dios es nuestra única defensa ante el peligro amarillo. Está firmado por la Asociación Católica de Mujeres Casadas.

(Hojeando los papeles)

FISCAL: Nos amenazan..., nos amenazan..., nos apoyan... El infierno..., la excomuni3n..., el infierno de nuevo...

(Sigue hojeando)

FISCAL: Por aquí había una comunicación que yo quería leerles. De Voltaire. Porque a pesar de que es un argumento en favor de la inocencia de Dios...

(Encuentra uno interesante)

FISCAL: Este es interesante. De Hegel, el filósofo alemán. Dice así:

(Lee)

FISCAL: “¿Cómo pueden juzgar a una persona que todavía no existe? Porque Dios no existe todavía. Viene en camino. Por lo menos esperen a que llegue, a que termine de objetivarse. Hegel”. ¡ Estos filósofos!

(Sigue hojeando. Encuentra otro)

FISCAL: Este también es interesante. De Basíliades, el hereje famoso de los primeros siglos del cristianismo. Leo:

“Tiempo les ha costado llegar a una verdad que nosotros, los gnósticos del siglo II, vimos con toda claridad: La infinita malignidad de Dios. ¿Qué tiene de raro el que un Dios mediocre y malo haya creado una naturaleza imperfecta y mala, hecha después de todo a su imagen y semejanza? Porque todo lo natural es malo, o por lo menos mediocre, y por la misma razón lo es todo lo divino. Sólo el hombre no es del todo natural, ni tiene en consecuencia demasiado de divino, ni, por tanto, participa mucho de un mal heredado de ese Dios terrible y fiero que vemos reflejado en la naturaleza, en los cataclismos, en las tempestades y en el **Antiguo Testamento**. Sólo el hombre está fuera de lugar en el mundo, del que debe irse a toda costa porque no

pertenece a él. Esta no es una invitación a la muerte. También eso es natural, y en consecuencia malo. Ni a un paraíso extraterrestre, divino y en consecuencia malo. También de allí debe evadirse...”

**(Deja de leer)**

FISCAL: El resto es menos interesante. Yo creo...

**(Dos timbres)**

FISCAL: Como ordene su señoría.

**(Continúa la lectura)**

FISCAL: “También de allí debe evadirse. Su aspiración máxima debe ser la de confundirse con ese ser sin nombre, sin cualidades, incluso sin existencia, más allá de todas las esferas que nos encierran y aprisionan.

**(Pausa. Dos timbres. Continúa)**

FISCAL: Entre tanto, os recomiendo ser enemigos de Dios, despreciar todo lo que ha hecho con sus torpes manos e infringir todas las leyes que ha impuesto con su torpe entendimiento. Pecar, sí, y a fondo, porque Dios lo ha prohibido, y para consumir y agotar de ese modo el mal que inunda al mundo, el cual debemos redimir, puesto que participa de la naturaleza infame de Dios, a quien también debemos redimir. Sólo así trascenderemos esta naturaleza hostil que nos encierra y sofoca hacia ese no-Dios, ese no-ser, que sólo el silencio nombra, y que sólo el silencio adora”.

**(Silencio)**

FISCAL: Firmado: Basíledes.

(Sigue hojeando. Encuentra la comunicación de Voltaire)

FISCAL: Sí, aquí está. La comunicación de Voltaire. Voy a leérsela.

(Lee)

FISCAL: “Dios hizo el mundo bueno. Son los hombres quienes lo han dañado. ¿Cómo puede entonces hacerse responsable...?”

(Deja de leer)

FISCAL: La verdad es que es muy larga, pero la idea central es ésta. Dios hizo el mundo bueno, pero los hombres lo hemos echado a perder. No hemos sabido usarlo y lo dañamos. Dios hizo el mundo bueno y el mal lo hicimos nosotros. Nosotros somos los culpables. Es decir, según Voltaire, Dios hizo el mundo y se fue a pasear, abandonándolo a su propia suerte, desentendiéndose de su creación. Voltaire, pues, exonera a Dios de toda responsabilidad del mal, pero a base de negar la providencia. Y estoy seguro de que ninguno de mis ilustres oponentes está dispuesto a pagar ese precio. Es natural pedirle a Dios, además de la creación del mundo, que le dé servicio de mantenimiento, que lo arregle conforme se va dañando. Eso es lo que en el fondo es la providencia.

(Al Juez)

FISCAL: No sé si su señoría juzga conveniente guardar esta carta en el expediente...

(Dos timbres)

FISCAL: De acuerdo.

(La arruga y tira a un cesto de papeles)

FISCAL: Casi todas las demás...

(Las va pasando)

FISCAL: Amigos de Don Bosco..., Devotos de San Antonio..., Siervas de María..., Sindicato de Santos... Este debe ser una broma. Todos protestan de que no se hayan incluido los argumentos de la Iglesia Católica. La acusación ha estado anuente desde un principio a oír el testimonio oficial del Vaticano. Así se le comunicó, pero no tuvimos respuesta.

Tenemos entre nosotros, sin embargo, a Santo Tomás de Aquino, el Doctor Angélico, como le llaman, que desde el siglo XIII en el que vivió, merece más que nadie el título de teólogo oficial de la Iglesia Católica.

(A su silla)

FISCAL: Su santidad, ¿querría usted, en este momento hacernos el honor...?

(Se quita los anteojos y el saco)

ACTOR: Yo espero no ofender los sentimientos religiosos de nadie con esta caracterización. Yo mismo soy católico. Me limito a seguir las instrucciones del libreto.

Se lo dije al director, que eliminara esta parte, pero él insistió...

(Borra lo que estaba en la pizarra y escribe el nombre de Santo Tomás de Aquino. Se disfraza de él. Se coloca una almohada en el estómago).

ACTOR: Santo Tomás era gordo.

(Se persigna)

STO. TOMAS: Hermanos, aquí ha faltado sutileza. Ha faltado discernimiento, hermanos..., distinción, rigor, procedimiento, orden, raciocinio... En primer lugar, puedo demostrar, hasta de cinco formas diferentes, que Dios existe...

(Timbre. Silencio)

STO. TOMAS: En efecto, hermanos: La existencia de Dios no está en discusión. Concedido. Discutimos la compatibilidad del mal con la bondad de Dios, Dios como Summum Bonum. Bien. Razonemos.

(Efecto de batería y timbales con el ritmo clásico que acompaña una danza de streap-tease)

STO. TOMAS: Dios es el bien supremo.  
Todo lo que el bien hace es bueno.  
Luego, todo lo que Dios hace es bueno.  
Todo lo que Dios hace es bueno.  
Es así que Dios hizo el mundo.  
Luego, el mundo es bueno.  
Premisa mayor: El mundo es bueno.

Premisa menor: Todo lo que hay pertenece al mundo.

Conclusión: Todo lo que es, es bueno.

Todo lo que es, es bueno.

El mal no es bueno.

Luego...

(Redoble prolongado. Queda ya sólo una última prenda)

STO. TOMAS: ..., el mal no es.

(Timbales y silencio)

STO. TOMAS: Hemos llegado: El mal no es. El mal es carencia de ser. Un hombre malvado es como un queso gruyere: lleno de huecos, de no ser. ¿Cómo reprocharle a Dios el que permita algo que ni siquiera es? Es como cobrar una deuda que no existe. Hermanos, aquí falta el cuerpo del delito. Pero no por esas razones estúpidas que decía el hereje de Berkeley, que en este momento debe estar ardiendo en los infiernos...

(Timbre. Al Juez)

STO. TOMAS: Por lo menos en el cielo, yo le aseguro a usted, señor Juez, que no es en absoluto probable que esté. A menos que los anglicanos tengan su propio cielo privado.

(Se vuelve al público . Lo acompaña el efecto de una máquina de escribir eléctrica que va a toda velocidad)

STO. TOMAS: Hermanos, la posición católica es la más lógica, la más simple: El mal no existe. ¿El terremoto de

Lisboa? En la medida en que fue malo, no fue. Sólo lo bueno de ese terremoto existió. Lo demás fue carencia de ser. Un asesino mata a un inocente. En la medida en que el asesino es malo, no existe. No existe nadie malo. Los malvados no existen. No digo que no los haya, digo que no existen sencillamente. Esto es lógico. ¿Y cómo podríamos pensar otra cosa, hermanos, si estamos sujetos a la finitud, tanto nosotros como nuestro mundo? Por todas partes somos frontera con el no-ser, es decir, con el mal. La relación, la convivencia con el mal, es inherente a nuestra esencial condición de finitud...

(Cae en la cuenta de que hay una secretaria escribiendo a máquina todo lo que dice. Al Juez)

STO. TOMAS: ¿Esta niña está copiando todo lo que digo?

(Timbre)

STO TOMAS: Usted me va a permitir entonces que mi declaración la diga en latín.

(Dos timbres)

STO. TOMAS: Bueno, siquiera una parte de ella. El latín es nuestro idioma oficial y se me podría llamar la atención si no lo hago. Usted no ignora que yo soy santo. No santo milagrero...

(Despectivo)

STO. TOMAS: ..., como Antonio y Martín de Porras..., digo, de Porres..., santo de la inteligencia.

(Timbre)

STO. TOMAS: Gracias. Voy a leerlo.

(Va a buscar a un estante de libros)

STO. TOMAS: Espero..., supongo...

(Encuentra lo que buscaba)

STO. TOMAS: Efectivamente, aquí está. No podía faltar.

(Saca un tomo)

STO. TOMAS: Es de mi *Suma Teológica*, libro primero, cuestión 49, artículo 2.

(Lee)

STO. TOMAS: “Aliquid agens inquantum...”

(Se interrumpe. Al Juez. Sonreído)

STO. TOMAS: ¿Podría pedir un poquito de música? Música gregoriana si fuese posible. El *Tantum ergo Sacramentum* sería lo más apropiado.

(De fondo, el *Tantum ergo Sacramentum*)

STO. TOMAS: Gracias.

(Al público)

STO. TOMAS: Yo hice la letra.

¿Dónde está lo que iba a leerles? Ajá, aquí.

(Reanuda su lectura)

STO. TOMAS: “Aliquid agens in quantum sua virtute producit aliquam formam ad sequitur et defectus, causat sua virtute illam corruptionem et defectum. Manifestum est autem principaliter Deus intendit in rebus creatis, est bonum ordinis universi...”

(Timbre largo)

STO. TOMAS: Termino. Termino. “Ordo autem universi requirit..., quod quaedam sint quae deficere possint, et interdum deficiant...”

(Dos timbres largos y enojado. Hablando más de prisa)

STO. TOMAS: Et sic Deus rebus causando bonum ordinis universi...

(Timbre hasta que termine)

STO. TOMAS: ..., ex consequenti et quasi per accidens causat corruptiones rerum”. Amén.

(Se retira a su silla y se quita el disfraz)

ACTOR: Vamos a hacer un acto de justicia. Nos vamos a burlar también de los ateos. Ya verán.

(Como referee de boxeo)

ACTOR: ¡ Señoras y señores...! ¡ Ahora, y en el extremo opuesto, pesando 167. libras, el campeón invicto de las clases oprimidas...! ¡ Carlos Marx!

(Efecto de gritería. Escribe rápidamente bajo el nombre de Santo Tomás: Versus Carlos Marx. Suena alto, cantado en italiano. Bandiera Rosa. Marx entra saludando como boxeador)

MARX: ¡ Proletarios! ¡ No es a Dios a quien hay que juzgar aquí sino a los ricos! ¡ Los ricos le echan la culpa a Dios para exonerarse ellos del juicio del pueblo! ¡ Dios es sólo su chivo expiatorio! ¡ La religión es un opio que le dan al pueblo para que tenga en sueños lo que le corresponde en realidad! ¡ La religión es una aspirina barata para aliviarlo de su pena de ser inmisericordemente explotado! ¡ Debemos fusilar a todos los ricos!

(Gritos de “ ¡Paredón..., paredón...! ”)

MARX: ¡ Debemos erradicar del pueblo la idea de un Dios fiador de los ricos! ¡ Dios no existe! ¡ Y si existe, lo vamos a negar!

(Gritería entusiasmada)

MARX: ¡ Lo vamos a matar!

(Gritería)

MARX: ¡ Lo vamos a aniquilar!

(Gritería)

MARX: ¡ Lo vamos a fusilar!

(“ ¡Paredón..., paredón...! ”)

MARX: Ustedes han oído aquí a los ideólogos representantes de la burguesía decadente. Hablan de un Dios hecho a imagen y semejanza de ellos y que utilizan como medio de explotación. El obispo Berkeley, por ejemplo, dice que Dios es un ser económico que nos crea la ilusión del mundo. Dios burgués, capitalista, comerciante y mago, pichicuma y Fú Manchú, gerente de los Cielos, S. A., con sucursales en el Vaticano, y para colmo agente de la Cía. ¡ Al paredón con él..., al infierno..., al excusado..., para que podamos ver claro quién es el responsable auténtico del mal en el mundo!

La culpa de las guerras, de las injusticias, de las inundaciones, de los terremotos, de las sequías..., ¡ es la clase capitalista burguesa! ¡ Al paredón! ¡ Al paredón con todos ellos!

La lucha es entre las clases, y no entre el hombre y Dios. Dios no tiene la culpa. ¡ Pero de todos modos lo vamos a fusilar!

(“ ¡Paredón..., paredón...! ” Permanece hasta el final del párrafo)

MARX: ¡ Y a los revisionistas húngaros...! ¡ Y a los checoslovacos...! ¡ Y a los chinos...! ¡ Y a los cubanos...! ¡ Y a los rusos...! ¡ Y al autor...! ¡ Y al actor...! ¡ Y al público...! ¡ A todo el mundo, lo vamos a fusilar...!

(Bandiera Rosa nuevamente)

MARX: Avanti popolo...! Avanti...!

(Se retira con el puño izquierdo en alto. Se quita su disfraz)

ACTOR: Ahora me siento mucho mejor. Esta obra iba muy tendenciosa. Ya estamos terminando. Sólo faltan dos personajes.

(Se pone el saco y los anteojos)

FISCAL: Siempre en ánimo de que ustedes se formen una idea justa, y sobre todo porque el mendigo no pudo declarar, he pedido que se oiga también en este momento la opinión de los humildes. Pero se trata de un párroco esta vez. Porque yo estoy seguro de que el Dios a quien tratan cotidianamente en una parroquia, poco o nada tiene que ver con esa Noesis noeseos de Aristóteles, motor inmóvil, causa causarum..., del que los teólogos como Santo Tomás de Aquino nos hablan. Y yo no estoy muy seguro de cuál de los dos sea el más auténtico, si el Dios abstracto y complicado de la Teología, o el Dios abuelo buenazo de los humildes que tanto lo necesitan y al que tanto acuden. Por eso me parece justo llamar a un párroco que trabaja en uno de nuestros barrios más humildes.

(Se quita los anteojos y el saco y va y se disfraza de cura. Borra la pizarra y escribe, despacio y ceremonioso: Cura)

P ARROCO: Buenas noches. ¿Cómo están?

(Se queda viendo al público. Sonríe)

PARROCO: Quizás ustedes, que son personas ilustradas, entiendan bien a estos señores. La verdad es que yo les entiendo poco. Les oigo gritar, insultar..., decir cosas que deben ser muy profundas, pero que yo no comprendo.

De todos modos, me he entretenido mucho. Especialmente con esos efectos sonoros tan bonitos. Dicen que la tecnología es cosa del Diablo. Yo no lo creo. Es tan maravillosa que debe venir de la mano de Dios.

(Se vuelve al juez)

PARROCO: Una pregunta, señor Juez. ¿Si yo pidiera efectos de sonidos, como los otros, me los darían también?

(Timbre)

PARROCO: ¿Es a ese señor que está ahí escondido a quien debo pedírselos?

(Señala entre bambalinas. Timbre)

PARROCO: Muchas gracias. Muy amable.

(Dirigiéndose al técnico de sonido que se supone está entre bambalinas)

PARROCO: Buenas noches. ¿Cómo está? ¿Lo oyó, verdad? Bueno, a ver, primero me gustaría un efecto de música suave, para que me acompañe. Algo espiritual, preferentemente de órgano.

**(Música suave de órgano)**

PARROCO: Perfecto. Muchas gracias.

Señores, hermanos en Cristo, yo no he comprendido casi nada de lo que aquí se ha hablado, pero sí comprendo algunas cosas. Por ejemplo, comprendo que Dios está en todas partes. En el templo, por supuesto...

**(Al técnico de sonido)**

PARROCO: Por favor, efecto de campanas.

**(Efecto de campanas de templo)**

PARROCO: En las manos del sacerdote cuando levanta la hostia...

**(Efecto de campanilla de misa)**

PARROCO: Gracias.

Pero también en los hogares campesinos... En el campo...

**(Efecto de mugir de vacas. El Párroco hace un gesto de desagrado al técnico de sonido).**

PARROCO: En el corazón de los humildes...

**(Efecto exagerado de latir de corazón. Gestos de desagrado del Párroco).**

PARROCO: En los hospitales de caridad con...

(Sirena de ambulancia que se acerca rápidamente. El Párroco se interrumpe asustado. La ambulancia da un viraje. Las llantas chirrían. Colisión estrepitosa de la ambulancia. Al técnico de sonido)

PARROCO: Por favor, señor, le agradezco, pero ya no me acompañe más. De todos modos, muchas gracias.

(Al público)

PARROCO: Creo que se estaba burlando de mí. Pero no importa, también en este silencio está Dios, aquí, con nosotros, en todas partes. Por eso también está en ese banquillo, sentado...

(Lo señala)

PARROCO: ..., oyendo todo lo que aquí se dice de El, con esa mansedumbre y humildad de las que siempre hizo gala.

¿Ustedes creen que si no fuera así, humilde, habría desaprovechado la ocasión de entrar pomposamente cuando al principio de esta sesión se le anunciaba con tambores y trompetas? ¿Ustedes creen que, si no fuera humilde, no habría hecho ya, esta misma noche, aquí, entre nosotros, un gran milagro, una catástrofe, un terremoto terrible..., cuando se le negaba en su propia cara? ¿Qué le cuesta a Dios, en un momento dado, hacer siquiera un milagrito pequeño para manifestarse? Por ejemplo, tumbar una pared... O algo menor todavía..., una silla... Pero El no ha querido manifestarse así, sino que de un modo más secreto, íntimo y auténtico.

Ustedes se preguntan si Dios es bueno o malo. ¿Puede un hijo preguntarse eso de su padre? El señor Fiscal me ha pedido que declare. Yo prefiero no hacerlo, pero sí quiero decirles una cosa: Ustedes se olvidan del Diablo, que fue quien inventó el pecado y lo introdujo en el mundo con todas sus consecuencias, como la muerte, como los terremotos. Prefiero no tener ningún tipo de participación en una farsa grotesca e irreverente como ésta, que a ustedes les puede costar bien caro, porque están cometiendo el mismo pecado del Diablo: la insolencia, la rebeldía. Así comienzan las cosas. Tengan mucho cuidado. La mano de Dios es suave, pero puede también ser terrible. Tengan mucho cuidado...

(Se retira a su silla en donde se quita y deja su disfraz.  
Conforme se está disfrazando de Nietzsche)

ACTOR: Nietzsche. Federico Nietzsche.

(Borra la pizarra y escribe el nombre)

ACTOR: Es el último. Tengo la impresión de que se lo ha dejado de último porque seguramente es quien tiene la simpatía del autor.

(Le hace una señal al técnico de sonido y al de las luces)

ACTOR: ¿Listos? Ya.

(Música de Wagner y luces rojas, como de incendio.  
Diapositivas de guerra y de miseria humana)

NIETZSCHE: ¡Dios ha muerto! ¡Pos fin sois libres y además responsables! ¡Ya no os queda más remedio que ser

buenos vosotros mismos! ¡Muerto Dios, sois la única fuente de moral! ¡El mundo os pertenece! Convertidlo en un sitio para el amor. Arregladlo para la llegada del super-hombre. Barredlo de las impurezas que contiene, pero que son vuestras, porque el mal nos pertenece, es nuestro hijo más legítimo. No podemos negarlo.

Señores, Dios tiene una excusa formidable, irrefutable: No existe. En consecuencia es inocente, es bueno, es puro... Porque no existe. La única excusa que tiene Dios es que no existe. No existe ni se habría atrevido nunca a existir. A Dios no le conviene existir. Porque en el instante de poner un pie en la existencia, tendría que hacerse cargo de la responsabilidad del mundo, y del mal, y de las pestes... Y no se atreve...

(Cae una silla. Nietzsche se extraña un poco pero continúa)

NIETZSCHE: ¡Tendría que ser muy hombre para atreverse! ...

(Cae otra. Lo mismo)

NIETZSCHE: ¡A vosotros os toca ocupar el puesto que estaba destinado para él! ¡A vosotros os corresponde ser Dios!

(Cae el vaso de agua y un estante de libros. Nietzsche toma más fuerza y decisión)

NIETZSCHE: ¡Toda su honra para vosotros! ¡Pero también toda su culpa! ¡Es a vosotros a quienes se está

juzgando aquí! ¡Y el veredicto puede ser uno solamente! ¡Culpable con todos los agravantes! ¡Y la pena una solamente: que se arregle el entuerto!

(Cesan todos los efectos. Nietzsche toma nota de ello y le habla al público ahora sin demagogia y con sinceridad)

NIETZSCHE: Yo creía en él de pequeño. En mi pueblo natal, en la primavera, en la gente..., en todas partes encontraba su huella. ¿Habría Dios dejado su mano impresa en todas partes si el mundo y el campo, las montañas y las nubes..., fuesen un delito? Pero eran sus huellas solamente. Como si hubiera pasado por ahí, dejando su rastro en todas partes... Hasta en mi conciencia las encontraba. Pero nunca más que eso, huellas. Como si hubiera existido hace mucho tiempo, en la época de las leyendas, pero ya no. Después vino la guerra, el hambre, mi enfermedad terrible... Y pensé que Dios no podía existir. Sería culpable...

(Comienzan a caer cosas nuevamente. Dirigiéndose al sitio en donde caen)

NIETZSCHE: ¡Debemos negar a Dios por amor a Dios!  
¡Que no exista!

(Siguen cayendo cosas)

NIETZSCHE: ¡Que no exista!

(Siguen cayendo)

NIETZSCHE: ¡Que no exista, Dios mío!

(Transición. Arrebatándose. Dirigiéndose a todas partes en donde hay cosas que caen hasta que se retira)

NIETZSCHE: ¡Dios ha muerto! ¡Dios ha muerto! ¡Dios ha muerto!

(Se retira tambaleándose, perseguido. Se quita su disfraz. El Actor pone en pie alguna silla)

ACTOR: Parece que pasó un huracán por aquí.

(Borra el nombre de Nietzsche de la pizarra y se pone los anteojos y el saco de Fiscal)

FISCAL: Señores, quiero que ustedes vean una cosa...

(Va hacia alguna cosa caída y muestra el hilo al que estaba atada para hacerla caer)

FISCAL: ¡Un hilo! Y aquí...

(Otra cosa. Lo mismo)

FISCAL: ¡Un hilo! Si siguiéramos este hilo encontraríamos la persona que ha querido impresionar a ese pobre loco y posiblemente a ustedes también. Son trucos como estos de los que siempre se han valido los defensores de Dios para tenernos aterrorizados. Pero, justamente, y para terminar esta sesión...

(Timbre. Al Juez)

FISCAL: ¿Otra vez?

(Al público)

FISCAL: El párroco insiste en dirigirles la palabra una vez más.

(Se quita los anteojos y el saco y se vuelve a poner el disfraz de cura)

PARROCO: He pedido de nuevo la palabra porque aquí ha habido señales. No me importa que el señor Fiscal haya encontrado hilos, trucos...Alguien tiene que haber halado esos hilos. Y sobre todo, alguien tiene que haber halado la voluntad de quien haló esos hilos. No me importa quién sea el responsable inmediato de esos trucos. Son un milagro. La voluntad del Señor a veces se abre paso a través de los caminos más insólitos. Incluso a veces a través de la persona que se está burlando de El.

Esto me ha hecho pensar que en este momento estamos en gracia, y que no podemos dar por terminada la sesión sin antes permitir que Dios hable personalmente. El no va a venir aquí. Está ya aquí, y lo ha estado siempre. Yo quiero sentarme en este banquillo y decirles cómo entiendo que Dios ve todo esto. Estoy seguro de que Dios me iluminará y que de alguna manera se dejará oír por mi boca. Si está en el canto de las aves y en el rugir de los leones, por qué no va a estar en la voz humilde de un siervo suyo, pero que es su imagen y semejanza?

Bien. Voy a fingir que soy Dios.

(Escribe en la pizarra con grandes mayúsculas: DIOS)

PARROCO: Me siento aquí, en su lugar.

(Se sienta en el banquillo. Las piernas muy juntas.  
Spot)

DIOS: Señoras, señores. No entiendo bien lo que aquí está pasando. Yo hice el mundo, pero mi intención nunca fue... esto de ahora, tantas cosas terribles. No tenía práctica, por supuesto. Era la primera vez. Yo estaba aburrido y me dije: ¿Por qué no creas el mundo? Lo hice muy de prisa, lo reconozco. Pero me salió bien, más o menos. Quizás se me quedó alguna tuerca floja y por eso los terremotos... Pero, en general, yo creo que me quedó bien. Era bonito. En aquella época por lo menos. Después hice a Adán, hice a Eva. Incluso les puse cosas que a mí me faltaban, para que la pasaran bien. Y al principio la pasaban muy bien. Yo los veía desde arriba. Todo el día retozando como animalitos. Daba gusto verlos. Hasta envidia.

Les dije que no comieran de un manzano que había allí en el Paraíso. Se lo dije porque..., porque..., porque no les había prohibido nada. De alguna manera yo tenía que ser autoridad. ¿No les parece a ustedes? No recuerdo por qué elegí la manzana. Creo que no tenía ninguna razón. Fue lo primero que se me ocurrió. Después me he enterado de que dicen que es otra cosa. Mentira, señores. Era la manzana. No se me ocurrió otra cosa en ese momento. Lo que yo quería darles era una prohibición, una orden, para que supieran quién era la autoridad. Pero desobedecieron, comieron y me puse muy bravo. Yo soy bravo cuando quiero. Pierdo el control de mí mismo. Siempre he sido así. Léanse el **Antiguo Testamento** y verán. Soy bien bravo. Pero sólo de cuando en cuando. En general, no. Pero esa vez me puse furioso. Seguramente exageré, lo reconozco ahora.

Los insulté...Pobrecitos. Les dije un montón de cosas de las que después me arrepentí. Les dije sin pensar. ¡Pero ellos me tomaron en serio! Si yo nada más que estaba bravo. Se fueron, tuvieron hijos y de pronto comenzaron a matarse. Y ahora dicen que yo los condené a eso. No. No, señores. No. ¿Cómo voy yo a hacer eso?

Lo del terremoto ese que discuten... Ya sé que está mal. Pero, repito, era la primera vez que hacía el mundo, no tenía experiencia, lo hice muy de prisa, las piezas quedaron mal ajustadas seguramente... Ahora estoy pensando hacer otro. Destruir éste y hacer otro. Estoy seguro de que me quedaría mucho mejor.

Me dicen que por qué no lo arreglo..., que por qué no le doy servicio de mantenimiento. ¡Si se pudiera! Pero uno está muy ocupado allá arriba. Las oraciones, los ruegos, las peticiones..., que llegan constantemente y que hay que atender. Por supuesto, uno no puede hacer todo lo que la gente pide. Todos piden, por ejemplo, ganarse la lotería. Y eso no puede ser. No pueden salir todos los números a la vez. Uno tiene que hacer arreglos. Darle el primer premio a uno, y a los demás terminación, aproximación..., pedirles que esperen para más adelante...

Luego están las viejas devotas, las ancianas, tan necias a veces. Si ustedes supieran lo que piden. Dentadura nueva, que se les muera el yerno, que les componga los riñones, que les componga el hígado..., hasta el aparato televisor me piden que les componga... Y las peticiones de los niños...

(Conmovido)

DIOS: Que no llueva el día del paseo, una bicicleta, que el papito regrese con la mamita, que se muera el presidente... Eso lo piden mucho. Para que no haya clase en la escuela, yo los comprendo.

Hace unos días... Bueno, hace más de mil años... Cuando uno es eterno se pierde fácilmente la noción del tiempo. Hace mil y pico de años, digo, acostumbrado yo como estaba a resucitar muertos, separar mares, destruir ciudades..., es decir, milagros de importancia, de pronto me llega una petición de Agustín. San Agustín de Hipona para ustedes. Agustín me pide que le haga el milagro de quitarle un dolor de muelas. Era la primera vez que alguien me pedía una cosa así, tan pequeña. Me iba a poner bravo, pero consideré que en esa época no había dentistas y..., bueno, le hice el milagrito. Desde entonces, señores, no tengo tiempo sino para atender solicitudes de esa clase. No me queda tiempo para nada más. Es natural, pues, que no pueda impedir ciertas catástrofes. Porque tengan en cuenta que ustedes sólo conocen las catástrofes que no he podido impedir. Ustedes no conocen las que he impedido. El otro día, con una de esas bombas atómicas que están disparando..., iba a haber una reacción en cadena y el mundo entero iba a estallar. Suerte que me di cuenta y pude evitarlo...

Ustedes ven, pues, que son injustos en acusarme..., que están cometiendo un grave delito juzgándome. Ustedes andan buscando que yo me ponga bravo y les lance otro diluvio, o un terremoto más fuerte que el de Lisboa. No me tienten. No me tienten.

(Poniéndose histérico paulatinamente)

**DIOS:** No me timenten. Pierdo el control y comienzo a hacer cosas terribles. Mi temperamento es así... Me pongo fácilmente nervioso... Y ustedes están agotando mi paciencia...

(Se levanta)

**DIOS:** ¡Ustedes pueden hacer lo que quieran!  
¡Pero les advierto, carajo, que no toleraré mucho tiempo este atrevimiento grosero! Tengo un sitio reservado para quienes me faltan el respeto. Tengan eso presente. ¡Ténganlo bien presente a la hora de decidirse...!

(Se quita rápidamente la sotana de cura y la tira, enojado. Sube al estrado, se pone la toga y el birrete de Juez. Transición brusca)

**JUEZ:** Ahora les toca a ustedes decidir. Los argumentos se han dado un poco a la ligera en su mayoría, pero confío en que ustedes sabrán ver el fondo serio de su asunto.

(Tres golpes de martillo)

**JUEZ:** Se da por terminada la sesión. Los miembros del jurado se retirarán a meditar, a sopesar las razones y los hechos que aquí se han presentado, para llegar rápidamente a un juicio definitivo.

(Se pone de pie)

**JUEZ:** Antes, por supuesto...

(Sonríe)

**JUEZ:** ..., deben aplaudir un poco.

**BIBLIOTECA NACIONAL DE PANAMÁ**



**3 4189 00064 3365**

**El Dr. José de Jesús Martínez, catedrático de Filosofía durante más de 15 años en la Universidad de Panamá, nos presenta en esta obra de teatro un tema que ilumina, con humor y erudición, una zona oscura e íntima del ser humano: Dios. La Historia de Dios, que también la tiene, es igualmente una historia de la intimidad y la necesidad del hombre, y este es un conocimiento básico para la creación del futuro porque es el barro con el cual se construirá.**



**Filósofos famosos como Leibniz, Santo Tomás, Berkeley, Nietzsche, etc..., desfilan por las páginas de este libro en una exhibición de ideas pedagógica y divertida, dos adjetivos que no sólo no se excluyen sino que se implican mutuamente.**